

al Gobernador Nelson Rockefeller como el pionero (olvidado) del programa que después llevaría el nombre de Alianza para el Progreso. Anécdotas tomadas de memorias diplomáticas, animan la lectura. Hay algunas lecciones de política práctica de Estados Unidos; el autor describe la lucha fiscal anual del Departamento con un subcomité del Congreso, cuyo presidente es John J. Rooney de Brooklyn.

Se podría objetar, sin embargo, que la descripción es completamente favorable al papel del militar en la política exterior. Se dedica todo un capítulo a elogiar la participación de los militares: "De hecho, muchos problemas encontrados por los militares han inspirado experimentación académica con nuevas técnicas e ideas, lo cual ha aumentado los conocimientos socio-científicos" (p. 86). Se recuerdan los proyectos Camelot y Simpático y sus resultados poco felices que sólo disminuyeron considerablemente la confianza de América Latina en Estados Unidos y sus programas académicos en el exterior, sean genuinos o no. Hay algunas frases de prosa exagerada: "Continentes enteros meditan con tristeza e incertidumbre". (p. 144). Existen algunos errores: en la página 104 aparece un artículo de periódico fechado 1953 mientras en las "Notas" aparece la fecha 1963. Las palabras "masa piramidal", que se refieren a la mayoría del personal del Departamento, aparecen con demasiada frecuencia. Aunque los cuadros de organización suelen ser aburridos, uno quisiera encontrar un cuadro para ilustrar la jerarquía de mando, actual y recomendada, en el Departamento. También sería útil, especialmente para el lector extranjero, una lista de las siglas de las varias agencias gubernamentales mencionadas en el texto.

Al terminar de leer esta anatomía pesimista uno no puede dejar de preguntarse cómo el Departamento sigue funcionando, aún de esa manera rudimentaria.

HELEN C. DE RODRÍGUEZ

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma, México, 1967, 108 pp., anexo

Si el progreso científico estuvo siempre condicionado al grado de desarrollo económico y social de una sociedad, en ninguno otro terreno esa relación ha sido más evidente que en el de las ciencias sociales. No fue por acaso que la sociología política, en la antigüedad greco-romana, encontró su más alta expresión en la obra de Aristóteles. No fue tampoco un accidente el hecho de que las ciencias sociales, en la acepción moderna de la expresión, hayan surgido y crecido en el marco de la sociedad industrial y de masas que engendra la economía capitalista.

El desarrollo económico y social no se refleja, sin embargo, mecánicamente en un desarrollo correspondiente de las ciencias sociales, sino que depende del grado de agudización de las contradicciones a que da lugar dicho desarrollo, y de la forma que éstas asumen. Así es como, en América Latina, tras un largo período de repeticiones, faltas de originalidad, de uso de conceptos y procedimientos elaborados por los científicos sociales de los países más avanzados —comportamiento acorde con el carácter dependiente y reflejo de la economía de la región— se

ha asistido, en la década de 1950, a un esfuerzo por establecer las bases de una ciencia social adecuada a la explicación de la sociedad latinoamericana. Esa experiencia, que no fue extraña a la labor desarrollada por la CEPAL en el campo de la economía, llegó a manifestarse en un intento para superar los prejuicios tradicionales contra el método dialéctico, no siendo pocos entonces los intelectuales que, de manera más o menos ostensible, flirtearon con el marxismo.

La década de 1950 fue, empero, un período de esperanzas e ilusiones, al que contribuyeron factores tan distintos como el desarrollo económico experimentado por la mayoría de los países de la región, la prosperidad general de que gozaron las naciones capitalistas más avanzadas, y el deshielo verificado en las relaciones internacionales después de la muerte de Stalin. La cara que presentaron los años sesenta correspondió, de manera casi simétrica, al reverso de la moneda: estancamiento económico en casi todos los países latinoamericanos, agudización de los conflictos internacionales, y, finalmente, señales de agotamiento en la prosperidad capitalista mundial. En América Latina, la extensión horizontal de la desocupación, el proceso de proletarización de las clases medias, la compresión del nivel de vida de las masas y, como consecuencia, la progresión de la lucha de clases en la ciudad y en el campo, llevaron a la caída de los gobiernos liberal-democráticos que habían florecido en la década precedente, y condujeron a la implantación de regímenes tecnocráticos, por lo general de corte militar.

Los esfuerzos que llevaban a cabo intelectuales e instituciones académicas para poner en pie una posición de objetividad y crítica frente a los problemas del desarrollo en el continente se han visto así copados. El "terror cultural", evidenciado por la represión brutal contra intelectuales y estudiantes, los ataques a la autonomía universitaria, el control directo o indirecto de los medios de comunicación de masa, laboró mucho en este sentido. No fue, sin embargo, el único instrumento de que se ha echado mano para someter al pensamiento científico en nuestros países: el más sutil, y por ello mismo el más peligroso, fue la excomunión de la dialéctica, su destierro al terreno de lo ideológico y su exclusión del elenco metodológico admitido por la ciencia oficial.

El pequeño libro recién publicado por el profesor González Casanova constituye un intento para modificar esta situación. En una amplia medida, se presenta como un estudio que trata de someter a una crítica rigurosa el instrumental conceptual y metodológico que prevalece actualmente en la investigación social practicada en América Latina. Sus objetivos principales son el de restituir al análisis cualitativo el rango a que tiene derecho en este género de trabajo, oponiendo así un dique a la marea cuantitativista que amenaza con ahogar toda posibilidad de reflexión e interpretación creadoras, y el de demostrar no sólo la compatibilidad, sino la necesidad de combinar los métodos cualitativos y cuantitativos en la investigación sociológica.

Es verdad que la obra suscita la duda de si, en su afán por conciliar posiciones hostiles y echar un puente para el rescate de la dialéctica, el autor no ha ido muy lejos, olvidándose de la advertencia que él mismo hace al iniciar su estudio: "Si hay un infierno para los especialistas en ciencias sociales es precisamente el que sólo logran ser objetivos con una

posición dentro de la lucha, y que de allí no pueden salir, ni con la imaginación." (p. 12). En electo, ¿considera el autor que los dos modelos de diseño de investigación, que propone en el capítulo VIII, tienen igual validez, o pretende tan sólo señalar posibilidades diferentes de análisis para distintos especialistas? En cualquier caso, el aceptar con la misma disposición de ánimo dos esquemas tan opuestos en sus implicaciones teóricas y metodológicas ¿no constituye una pretensión de objetividad absoluta en el marco del debate en que se da la obra, y, por tanto, una indefinición de posición?

Ello no resta empero valor al estudio, notable por el rigor metodológico de que hace alarde, y por el rechazo deliberado que lo caracteriza frente a prejuicios de cualquier orden. Por tal razón se constituye en un ejemplo de lo que debe ser la actitud sociológica —desmistificación y objetividad, duda y afirmación. Asimismo, aporta una contribución inapreciable a la crítica de la ciencia social vigente en América Latina, la cual se oculta bajo el disfraz de la "despolitización" para mejor servir como instrumento de domesticación cultural.

RUY MAURO MARINI